



LA ORACIÓN CRISTIANA

JEAN CORBON

Al final de nuestro Simposio, sin cesar de contemplar el misterio de nuestro Padre y de admirar el hecho de que nos haya llamado a ser sus hijos en su Hijo único, estamos invitados a meditar sobre la oración por la cual podemos vivir en comunión con Él. ¿Cuál es entonces la oración del cristiano? Nuestra meditación versará justamente sobre la oración «cristiana». Atañe, en efecto, tanto a los hombres como a las mujeres, y —sobre todo— es esencialmente la oración «de Cristo», la del Hijo amado, que se hace nuestra si de verdad estamos unidos a Él.

Por otra parte, el acento de nuestra jornada gira en torno a la «existencia cristiana y la comunión con Dios Padre». Se trata de nuestra existencia cristiana. No pretendemos, por tanto, llevar a cabo una exposición teórica sobre la oración cristiana, sino más bien nos preguntaremos acerca de la situación existencial de nuestra oración. Orar en Cristo es, en efecto, la experiencia más sencilla y más profunda de nuestra existencia como comunión en nuestro Padre.

«Como niños recién nacidos» (1 Pet 2, 2), no aprendemos a rezar a nuestro Padre en los libros, por muy útiles que sean, sino en el Cuerpo vivo de su Verbo, en su Iglesia. Porque el Espíritu de Cristo resucitado no ha surgido jamás de Concilio alguno, sea ecuménico o general, convocado para definir la oración cristiana, pero no cesa de enseñar a los hijos de Dios cómo hay que rezar a su Padre. De toda edad y de toda condición cultural, los bautizados pueden crecer en su fe viva acogidos a la Palabra del Padre anunciada por la Iglesia, celebrando el misterio de la salvación en la Liturgia y llevando el fruto del Espíritu Santo en la caridad. Es en este contexto existencial y eclesial donde se sitúa la novedad de la oración cristiana.

El movimiento de la oración no se puede describir, es el secreto de cada hijo de Dios y del Espíritu Paráclito que actúa en él. No obstante, a la luz de la

experiencia y de la Revelación, ciertas constantes aparecen como evidentes. Son aquellas que confirman el testimonio de los santos y que las escuelas de espiritualidad han sistematizado, pero sobre todo son aquellas que los bautizados pueden verificar en su experiencia litúrgica, hogar de su existencia eclesial. Nos limitaremos a algunas constantes de la oración cristiana, comunión viva con el Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

EL CAMINO DEL CONOCIMIENTO

En su origen, el movimiento de la oración aparece como un ímpetu hacia Dios. Que sea furtivo y aparentemente espontáneo, o decidido y con vistas a durar mucho, nos hace salir de nuestro aislamiento: «Dios mío, a ti aspiro» (Ps 62, 2). Que este ímpetu sea llevado por la admiración y la alabanza, o surja de la angustia o de la esperanza, siempre expresa una búsqueda: salimos por un instante de nosotros mismos para tornar hacia nuestro Dios. Pero, ¿qué buscamos? A la vez, a nosotros mismos, sea dicha la verdad, ya que estamos con ansia de vivir, pero también la presencia de Aquel a quien invocamos. «Tu rostro, Señor, es lo que busco» (Ps 26, 8). ¿Quién es, pues, para que podamos encontrarlo? ¿Mediante qué camino podremos conocerlo?

He aquí pues nuestro primer asombro ante la novedad de la oración cristiana: nuestro camino para llegar a conocer a Aquel a quien buscamos no es otro que el camino que ya ha recorrido Aquel que nos ha buscado primero. Es Él quien se revela a nosotros en la verdad de su Plenitud, y a partir de este Don vivo nuestra oración se convierte en conocimiento vivo de nuestro Dios. San Basilio de Cesárea resume de modo admirable este misterio:

«El camino del conocimiento de Dios va del Espíritu que es uno, por el Hijo que es uno, hasta el Padre, que es uno; y, en sentido inverso, la bondad natural, la santidad de naturaleza y la dignidad real fluyen del Padre, por el Hijo único, hasta el Espíritu»¹.

Esto ya lo sabemos y nos acogemos a ello por la fe, pero la oración es más que un saber, es conocimiento en el sentido bíblico del término, alianza viva, comunión de amor: «la vida eterna consiste en conocerte a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste» (Ioh 17, 3).

1. *Tratado del Espíritu Santo*, 18, 47.

Con demasiada frecuencia, el movimiento de la oración se queda parado en el camino porque hemos olvidado que nuestro Padre, antes de ser Aquel a quien buscamos, es Aquel que ha venido a buscarnos allá donde nos encontramos y tales como somos. Cuando su Espíritu Santo suscita en nosotros el primer ímpetu de la oración, ello significa que su Designio de amor, su Economía de salvación, ha sido realizado en su Hijo único por su muerte y resurrección; por tanto, a partir de nuestro bautismo y de nuestra confirmación, «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado» (Rm 5, 5). Desde el momento en que nos proponemos empezar a orar, el Espíritu filial nos une a Jesucristo y podemos «conocer» al Padre en la fe, en la esperanza y en el amor. Nuestro Padre es el principio y el fin de nuestra oración.

Desde que nos adentramos así en la oración, incluso mediante miradas silenciosas de niño hacia nuestro Padre a lo largo de nuestros días y de nuestras noches, vivimos algunas constantes preciosas de la oración cristiana. Por lo pronto —y esto es capital para que el conocimiento de nuestro Padre no deje de progresar «de comienzo en comienzo hacia su Comienzo que no conoce fin alguno»²—, la oración cristiana se revela a la experiencia como un *don*, como un don gratuito que nos recuerda que nuestro Dios nos ama siempre primero y fielmente. Ciertamente, todo ser humano busca a Dios, ya que es esencialmente «su imagen» y el Espíritu de Cristo resucitado está obrando en el corazón de todos, pero la novedad de la oración cristiana es que nos es «dado» a los bautizados conocer y reconocer al Padre que nos ha hecho renacer a su Vida eterna.

«El camino del conocimiento de Dios» que se vive en la oración nos recuerda también que somos atraídos en la «comunión (*Koinônia*) con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Joh 1, 3), y esta atracción es la de su Espíritu de Comunión. En el tiempo de la oración, la Santísima Trinidad realiza su obra en nosotros. También lo hace por nosotros, siendo cada miembro del Cuerpo de Cristo resucitado, por su parte, cooperador en el misterio de la salvación. En este sentido, la oración cristiana, siendo eclesial y personal, actualiza de un modo invisible la Economía de la salvación en los últimos tiempos, para que todos se salven.

TÚ LO REVELAS A LOS PEQUEÑUELOS

Esta relación íntima entre la Economía de la salvación y la oración cristiana, la vivimos implícitamente en nuestras celebraciones litúrgicas, puesto que es allí donde el Espíritu Santo nos enseña a orar al Padre en su Cristo. Es

2. GREGORIO DE NISA, *Homilía VIII sobre el Cantar de los Cantares*, PG 44, 941C.

importante, sin embargo, explicitar esta relación en la oración personal, porque de ella depende la verdad de nuestra Comunión con nuestro Padre. ¿Por qué es esto tan importante? Simplemente porque se trata del punto de partida del ímpetu de la oración. La oración, nos dice San Juan Damasceno, es una «elevación del alma hacia Dios»³, pero ¿desde dónde se eleva el alma y qué es lo que debemos entender por «nuestra alma»?

El Designio de amor del Padre se despliega en la historia en una Economía sabiamente ordenada (cf. Eph 1 y 3, 9-11) que se realiza en Cristo en la plenitud de los tiempos. Este Designio benévolo, el de nuestra salvación, lo realiza Jesucristo plenamente, viniendo del Padre hasta nosotros y volviendo al Padre con nosotros. Este misterio pascual conlleva un doble movimiento de amor por parte del Padre: *desciende* hacia nosotros, nos ama primero, se nos da al darnos su Hijo único y su Espíritu Santo, para que nosotros podamos *elevarnos* a Él por su Cristo, en la Comunión de su Espíritu vivificante. Es en este doble movimiento pascual en el que hemos participado de una vez por todas en nuestro bautismo (cf. Rm 6, 3-4). Y es el movimiento de fondo de nuestra vida nueva en Cristo. Porque el Hijo único se ha *despojados de su rango*, el Padre lo ha *exaltado*, y con Él, a los hijos que le fueron dados (cf. Phil 2, 6-9; Heb 2, 13).

Ahora bien, la oración cristiana no es tal si no actualiza en el alma del bautizado la Pascua de su Señor. Esto es, no podemos ser elevados hacia el Padre con Jesucristo, si no somos arrebatados por Él al final de su rebajamiento. El Hijo amado se rebajó desde su encarnación hasta ser amortajado y sepultado entre los muertos. Hace falta que comprendamos bien que su rebajamiento es una teofanía, pero es esencialmente diferente a las teofanías de la Antigua Alianza, incluso las más interiorizadas como las de Elías en el Horeb. Jesucristo no nos manifiesta al Padre quedándose al margen de nosotros porque se ha hecho consubstancial a nuestra humanidad; manifiesta, en su Persona, al Padre que permanece en Él. Esta teofanía en el rebajamiento, «sin hermosura ni aspecto esplendoroso» (Is 53, 2), «ama hasta el fin» (Ioh 13, 2). El Verbo del Padre abraza nuestra naturaleza humana concreta, con todas sus debilidades y sus pecados, y finalmente conoce la muerte, Él que es el Hijo del Dios vivo. Es en esta loca *kénose* de amor de su Hijo, en la que el Padre viene a nuestro encuentro y nos atrae: en la humanidad de su Hijo que es ya la nuestra, encuentra finalmente a sus hijos que estaban perdidos y vuelve a dar vida a aquellos que estaban muertos. El primer ímpetu de la oración cristiana participa en ese momento misterioso de la Economía de la salvación, en el cual el Espíritu del poder del Padre hace surgir del sepulcro al Cristo vivo y vencedor de la muerte.

3. *De fide orthodoxa*, 3, 24.

Así, paradójicamente, nuestra oración cristiana es una *elevación* con Cristo en la medida en que haya sido un *descenso* con Él. Esto es lo que Él mismo nos repite en el Evangelio: «Todo aquel que se humille será enaltecido» (Mt 23, 12; Lc 14, 11 y 18, 14). El ímpetu de la oración, suscitado por el Espíritu Santo, es el movimiento de fe que nos hace participar en la Resurrección de Jesucristo, pero —la experiencia del publicano y nuestra propia experiencia lo demuestran— todo depende de la profundidad de la verdad desde la cual sube este ímpetu. En esta profundidad insondable nunca terminaremos de descender, y este movimiento es el de la humildad. La oración cristiana, si realmente es la de Cristo en nosotros, siempre deberá despertarse en la humildad misma de Jesucristo. Es la «disposición habitual» (*habitus*) que nos permite acoger el amor de nuestro Padre, manifestado en el rebajamiento de su Hijo amado. Esta es la razón por la que el don de la oración, en el cual el Espíritu del Hijo nos eleva a la comunión con el Padre, «está encubierto a los sabios y prudentes, y revelado a los humildes y pequeñuelos» (cf. Lc 10, 21).

TU PADRE ESTÁ ALLÍ, EN LO SECRETO

La humildad de los «pequeñuelos», que el Espíritu Santo busca imprimir en nosotros, obra «el camino del conocimiento» que se vive en la oración. Por ella consentimos en ser veraces, tanto para con nosotros mismos como para con nuestra comunión con nuestro Padre. Participamos entonces en la humildad de Cristo, de Aquel que solo «conoce lo que hay en el hombre» (Ioh 2, 25) y «sabe quien es el Padre y nos lo revela» (Lc 10, 22). Existencialmente, consentir en ser humildes y crecer en amor hacia nuestro Padre, viene a ser la misma cosa.

Así se aclara la doble pregunta que plantea la expresión de San Juan Damasceno: ¿desde dónde se eleva el alma y qué es lo que debemos entender por «nuestra alma»? ¿Cuál es el lugar recóndito desde el cual se eleva nuestra oración? La Revelación bíblica y el testimonio de nuestros Padres en el fe son unánimes: se trata del *corazón*. La noción bíblica de corazón es esencial para adentrarse en el misterio divino-humano de la oración. La Sagrada Escritura no se pronuncia sobre las facultades o potencias que actúan en la oración: sea cual fuera el lenguaje de la oración (gestos y palabras), es el hombre entero quien ora. Pero, ¿de dónde viene la oración del hombre? La Biblia habla del alma a veces, pero en el sentido de la persona viva; habla raramente del espíritu, y más a menudo del corazón (más de mil veces). El corazón es lo que ora. Si se halla alejado de Dios, la expresión de la oración es vana: «este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mt 15, 8; Is 29, 13).

El corazón es nuestro centro oculto, inabarcable por nuestra razón y por los demás. Sólo el Espíritu de Dios puede sondearlo y conocerlo. Es el lugar de la decisión, tanto si pensamos decidir en función de nuestras emociones, como de nuestros razonamientos. Es el lugar de la verdad, allá donde optamos por la vida o por la muerte. Es el lugar del encuentro, ya que, a imagen de nuestro Creador, somos seres «en relación». Todas nuestras estructuras psíquicas constituyen ese «yo» que podemos objetivar, mientras que el corazón es el punto de origen donde «yo» soy y de donde proceden nuestras palabras, nuestras actitudes y nuestros comportamientos. El corazón es el lugar de nuestro misterio personal, allí donde yo habito, y la expresión semítica para decir esto es significativa: allí donde yo «desciendo».

La oración cristiana que participa en la *kénose* de Cristo y en su resurrección consiste entonces en *descender en el corazón*. El drama de la comunión de Dios y el hombre se decide en el ámbito del corazón, en ese lugar de la Alianza, como nos lo recuerdan el Deuteronomio y los Profetas. En nuestro corazón puede resplandecer la imagen de la Gloria de Dios, y, cuando esa imagen es oscurecida, cubierta de tinieblas, Cristo Salvador despliega allí su Espíritu de verdad a semejanza de nuestro Padre. El «corazón nuevo» (Ez 36, 2 ss) es el corazón asido por el Espíritu Santo y restablecido en comunión con el Padre. La primera vez que Jesucristo nos habla de la oración, comprendemos que insiste en la distancia que hay que poner respecto de nuestro rango social, lo mismo que respecto de la limosna y del ayuno: no es la observancia exterior de las prescripciones de la Ley lo que nos pone en comunión con el Padre, sino más bien el movimiento del corazón humilde abierto a su Dios. «Ora a tu Padre en lo secreto» (Mt 6, 6). «*En tō kruptō*», en la morada oculta a tus propios ojos, porque «tu Padre ve en lo secreto» y «te premiará», se dará a ti elevándote hacia Él, como hizo de una vez por todas por medio de su Hijo único. Haría falta aquí volver a leer la oración de los Salmos cumplida en Cristo (cf. Lc 24, 44): expresiones como «las profundidades», «los abismos», «del fondo de mi miseria», se convierten en una verdad entrañable cuando consentimos descender en nuestro corazón. Es allí donde el Espíritu de adopción pone en comunión en Cristo al Padre, «fuente y origen de la divinidad» (*fons et origo deitatis*) y a su hijo, «a imagen suya», en la pura gratuidad de su libertad.

¡SÍ, PADRE!

«Tu Padre está allí, en lo secreto». En el umbral de esta toma de conciencia en el silencio de la fe, la primera actitud del corazón es la adoración. «El Señor habita en este lugar, y yo no lo sabía» (Gn 28, 16-17), pero ya no teme



Jacob. El lugar del corazón es una tierra santa, pero ya no tenemos que ocultar el rostro como Moisés (Éx 3, 5-6). Para nosotros, la verdadera Zarza ardiendo es Jesucristo, crucificado y resucitado, en el cual la humanidad es abrasada pero no consumida por su divinidad. Al invocarle bajo el acción del Espíritu Santo (cf. 1 Co 12, 3), entramos en el santo Nombre del Señor Jesús y, con Él, «volvemos hacia el Padre» (*pros ton Theon*, Joh 1, 1). El Agua viva que susurra en nuestros corazones «Venid hacia el Padre» (San Ignacio de Antioquía)⁴, nos conduce a la fuente. El Padre está allí, en lo secreto. No puede ser representado por un icono, puesto que se ha dado por completo en Aquel que es el resplandor de su Gloria. No tenemos necesidad de buscar palabras para nombrarlo, puesto que Él mismo se expresa a nosotros en su Verbo hecho carne, y su Aliento eterno grita en nuestro corazón: ¡Abba, Padre! (Gál 4, 6). Tal es la frescura de la oración cristiana de los primeros siglos, según da testimonio Teófilo de Antioquía, que fue quien introdujo el término Trinidad en el lenguaje teológico: «Cuando digo “Padre”, lo he dicho todo de Él»⁵.

La oración cristiana es una sinergia divino-humana. Une misteriosamente las energías divinas y el dinamismo de nuestra libertad, a la vez tan noble y tan frágil. Obra de Dios *ad extra*, es común a las Tres Personas pero manifiesta, en la Economía de la salvación, lo que caracteriza a cada una de las Personas (las propiedades hipostáticas). En la oración, el Espíritu Paráclito, enviado a nuestros corazones, nos conduce hacia la verdad toda entera, y ya que está injertada en Cristo, es Jesús quien reza en nosotros y con nosotros. Pero la fuente y el término del movimiento de nuestra oración es el Padre. Ahora bien, el Padre es engendrado «sin origen» (*an-archos*). Esta expresión, acuñada por los Padres del siglo IV en su combate en favor de la ortodoxia cristológica y trinitaria, es de una luz admirable cuando la verdad se hace realidad en la oración. Orar al Padre se revela esencialmente, por parte nuestra, como una respuesta, una energía de acogida, incluso cuando no somos más que un deseo volcado hacia Él.

Una respuesta, sí, en un principio, puesto que es el Padre quien nos llama de la nada a la existencia, pero energía de acogida que se expresa, de hecho, en la oración del corazón. En efecto, mientras que nuestros padres nos han impuesto tal existencia con todos sus determinismos y vivimos aun estando separados de ellos, nuestro Padre no cesa de proponernos su Vida en una comunión de pura gratuidad. Nos ha concebido antes de la creación del mundo, nos ha deseado como ningún hombre o ninguna mujer haya deseado jamás a sus

4. *A los Romanos*, VII, 2.

5. *A Autolytus*, I, 3.

hijos, se nos ha dado involucrándose en nuestro misterio personal hecho a imagen de su Hijo, y finalmente nos ha engendrado de nuevo por el agua y el Espíritu Santo. En nuestro primer nacimiento, unas manos nos han recogido y hemos empezado a respirar por nuestra propia cuenta. Con nuestro Padre, podemos —y he aquí la energía de acogida de la oración—, consentir libremente en ser recibidos de Él, en nacer sin cesar de Él, porque nos sabemos amados por Él. La adoración se dilata en la acción de gracias.

Es justamente esta energía de acogida, este consentimiento filial en la acción de gracias, lo que estalla en el «sí, Padre» de Jesucristo (Lc 10, 21; Mt 11, 26) cuando, estremecido de alegría bajo el acción del Espíritu Santo, «confiesa» (*exhomologoumai*) la revelación del Padre a los pequeñuelos. Este «sí» de Jesús está en el núcleo de nuestro consentimiento filial. Es importante, con todo, comprender el motivo. Los textos de Mateo y de Lucas dicen literalmente: «porque así es la *eudokia* ante ti». Esta última locución es un término reverencial del tardojudaísmo para expresar el Nombre divino indecible, pero es la palabra *eudokia* la que nos revela lo que el Hijo consiente ante el Padre. Se trata del Designio benévolo del Padre, de su voluntad de bien para con todos los seres humanos.

Es esta *eudokia* del Padre lo que los ángeles anuncian a los pastores de Belén (Lc 2, 14) y cuyo misterio es revelado al Apóstol de las gentes (Eph 1, 5 y 9). Asimismo en razón de su *eudokia* «el Padre es el que obra en nosotros por un puro efecto de su buena voluntad, no sólo el querer, sino el ejecutar» (Phil 2, 13). El «sí, Padre» de la oración de Jesús, es como el surco en el que se inserta nuestra oración filial, en la medida en que consentimos al Designio de amor del Padre, a su Economía de salvación.

NO MI VOLUNTAD, SINO LA TUYA

Cuando llegó su Hora, Jesús cumplió, de una vez por todas, el Designio de amor del Padre. Esta Hora no pasa, llena la historia y la arrastra hacia la Vida eterna. En ella, en el hoy de Dios, se presiente hasta qué profundidad la oración cristiana es llamada a participar en la oración de Cristo. Es en efecto a la Hora de su Pasión cuando Jesús conoce el último combate, su «agonía», donde rinde su libre voluntad humana a la *eudokia* del Padre. No somos capaces de comprender la locura de su *kénose*: Él, Hijo del Dios vivo, el Verbo de Vida, ¿consiente, en su voluntad humana, conocer la muerte? No puede ser sino por amor a su Padre y para con nosotros (cf. Ioh 15, 13): en su humanidad, Jesús es despojado de sí mismo y entregado a su Padre. Pero he aquí el misterio des-

garrador e insondable: en la Hora de la Cruz, el Padre es despojado de sí mismo, «no escatima a su propio Hijo y lo entrega por todos nosotros» (Rm 8, 12). En la Cruz, Jesús está suspendido de su Padre, el Verbo es hecho silencio porque el Padre enmudece. No es que el Padre esté ausente o que haya abandonado a su único Hijo, sino que se ha dado del todo en su Hijo amado «para que todos tengamos vida en Él». Sí, en esto se ha manifestado el amor del Padre por nosotros (cf. Ioh 4, 9-10).

Con un grito estremecedor, Jesús encomienda su espíritu en las manos del Padre (cf. Lc 23, 46). El Espíritu que procede del Padre y que otorga la Vida, cumple el Designio de amor del Padre resucitando a Jesús, hecho a partir de ese momento plenamente «Cristo» y «Señor» (Act 2, 36). En su Cuerpo glorificado, puede ahora dispensar profusamente el Espíritu filial a aquellos que creen en Él y en el Padre que le ha enviado. El Espíritu Santo pone los miembros en comunión con la Cabeza y constituye así la Iglesia, sacramental y realmente Cuerpo de Cristo. Es en este misterio de la Iglesia cómo se vive la Comunión íntima con el Padre, y por lo tanto la oración auténticamente «cristiana», porque el Espíritu de Cristo resucitado es el Aliento del cual surge el primer ímpetu de nuestra oración.

«Padre mío, no se haga mi voluntad, sino la tuya». A la luz de este ruego único del Señor Jesús, en el momento decisivo de la Economía de nuestra salvación, podemos comprender y vivir mejor lo que es la oración de los pequeños, su comunión con el Padre. Esencialmente, es un movimiento de *amor*. No en palabras o en sentimientos, sino de hecho y con verdad. Expresa una preferencia: «que se haga tu voluntad». No [es a mí] a quien anhelo, sino a Ti, Padre. El motivo de esta preferencia no puede ser otro que ver cuánto y cómo nos ama el Padre, encontrarle siempre a partir de ahora y creer en Él.

Tal amor de preferencia no se alcanza sin lucha. La oración cristiana es una *combate*, donde se actualiza para cada uno y para cada una la agonía de Cristo. ¿Cuál es el motivo de la constancia en este combate, dado que «el espíritu está dispuesto, pero la carne es flaca»? Jesús es quien combate por nosotros, nuestra fortaleza está en la esperanza, en la confianza sin límite en el amor misericordioso de nuestro Padre.

Se reza como se vive, pero se vive como se ama. El ágape divino es el criterio de todo. «Si así nos amó el Padre, también nosotros debemos amarnos unos a otros. Si nos amamos los unos a otros, Dios habita en nosotros y su amor es consumado en nosotros. En esto conocemos que vivimos en Él, y Él en nosotros, porque nos ha comunicado su Espíritu» (1 Ioh 4, 11-13). No podemos orar si, de una manera u otra, nuestro corazón está cerrado a los

demás. Herimos así el Cuerpo de Cristo y «contristamos» el Espíritu e impedimos su acción en la sinergia de la oración.

Si desfallece el combate de la oración, sucumbimos a las tentaciones contra la caridad, en nuestros juicios, en nuestras palabras, en nuestros actos o en nuestras omisiones (cf. Mt 25, 45). La oración puede partir de nuevo de lo más profundo, del corazón humillado y contrito, y convertirse en *retorno hacia el Padre*, en la confianza de su misericordia inagotable. Este retorno del corazón (*metanoia*) será más verdadero cuando busquemos, no aplacar nuestra conciencia, sino la alegría de nuestro Padre (Lc 15).

En la oración cristiana, el Espíritu del Padre busca, por tanto, conformar los hijos de adopción a la imagen del Hijo amado. Más que temporadas fuertes de oración, la existencia cristiana es una vida de oración, enraizada en la Pascua del Señor que no cesa jamás. Una de las disposiciones habituales que el Espíritu Santo, el Maestro de la oración, busca desarrollar a este fin, es la de la *escucha del corazón*. Esta disposición es «crística» y está volcada enteramente hacia el Padre. Jesús, en efecto, no dice nada que no sea aquello que ha escuchado al Padre. El Verbo encarnado puede expresarnos al Padre porque siempre está a su escucha y sólo busca aquello que complace a Aquel que le ha enviado. El término griego «escuchar» (*hypakouein*, someterse al entender) toma toda su fuerza de sentido en la Hora de Jesús. «Cierto que, aunque era Hijo de Dios, aprendió como hombre, por las cosas que padeció, a obedecer (*hypakoèn*)» (Heb 5, 8), y por esto el Padre le ha escuchado y le ha arrancado del poder de la muerte. La voluntad del Padre, a partir de Abraham, es entendida como una llamada; escucharla no puede proceder sino de la fe y sólo entonces esta voluntad de amor se revela como Resurrección.

Otra constante de la oración cristiana que se revela a la luz de la Hora de Jesús, tiene que ver con el *deseo* enraizado en las profundidades del corazón humano. Sea la oración vocal, meditación o plegaria larga, sabemos bien que su ímpetu hacia el Padre, muy a menudo, se desvía hacia otros centros de interés. Lo que llamamos «distracción» no es otra cosa que una «atracción» más fuerte que nuestro tornar hacia el Padre. Aunque seamos «imagen de Dios», ya no nos seduce la Hermosura de Aquel de quien habríamos de reflejar la Gloria. La fe en su amor aún no ha arrebatado la profundidad de nuestro deseo, y buscamos cómo colmarlo en otra parte.

Que nuestras estructuras psíquicas se queden en sus apetencias y nos distraigan en la oración es lo más normal, ya que no es por medio de aquellas como estamos en comunión con la Santísima Humanidad del Señor. Lo que está en juego aquí es nuestro corazón, cuyo deseo no puede ser colmado más

que por una Presencia que lo trasciende. La oración es, en este sentido, nuestra sed de Dios. Jesús asume nuestra sed, como todo lo que hay en el hombre, pero la novedad asombrosa es que Él mismo tiene sed de nosotros, de nuestro amor, y esa sed es divina. ¿No es su última palabra —en la cual, una vez más, nos enseña al Padre, puesto que la dirige a nosotros—, «tengo sed» (Ioh 19, 28)? Este grito sube de las profundidades del Padre que nos desea. El Espíritu Santo, el Agua viva que mana de Cristo resucitado (cf. Ioh 7, 37-39), busca purificar nuestro deseo en el crisol de la oración —y la auténtica ascética cristiana encuentra allí su sentido— al avivar nuestra sed en respuesta a Aquel que muere de sed de amor por nosotros.

^A En la misma sinergia purificadora del Espíritu Santo y del corazón, y siempre a la luz de la Hora de Jesús, convendría subrayar que el Paráclito prometido por Cristo en su testamento es llamado, constantemente, el *Espíritu de Verdad* (Ioh 14-16, passim). «La verdad os hará libres» (Ioh 8, 32). «Quien obra según la verdad viene a la luz» (Ioh 3, 21). Los pequeñuelos a los que el Hijo revela al Padre son aquellos cuyo corazón es sencillo, sin mezclas, luminoso, y por medio de su boca el Padre se procura una alabanza (cf. Mt 21, 16).

PADRE, TE DOY GRACIAS

«Padre, te doy gracias porque me has escuchado» (Ioh 11, 41). Así reza Jesús al Padre antes de resucitar a Lázaro, igual que cuando da las gracias antes de multiplicar los panes y antes de ofrecer su Cuerpo y su Sangre a sus discípulos en la Cena Pascual. Esta constante de la oración de Jesús es esencial a la oración cristiana. Significa que estamos seguros de ser escuchados por nuestro Padre si le rezamos en el nombre de Jesús. También nos enseña a estar especialmente atentos a Aquel que otorga, «antes» de constatar sus dones para darle las gracias: «Vuestro Padre sabe bien lo que habéis menester *antes* de pedirselo» (Mt 6, 8). Tal es la sabiduría y la delicadeza de los pequeñuelos para con su Padre.

Estos tres momentos —y no hay más que estos tres en los Evangelios—, nos llevan sin embargo aún más lejos. La relación entre la multiplicación de los panes y la Última Cena es evidente, y Jesús nos explica detalladamente el significado del «signo» (*semeion*) del verdadero Pan de Vida: su Cuerpo y su Sangre, entregados para dar vida al mundo y como prenda de la Resurrección (Ioh 6, 1-63). Ahora, ante el sepulcro de Lázaro, Jesús realiza su último gran «signo», el de su muerte y resurrección, y es entonces cuando, elevando los ojos al Cielo, dice: «¡Padre, te doy gracias (*eucharistô*) porque me has escuchado!». Una

semana más tarde, habiendo llegado su Hora, incluso *antes* de padecer la muerte y resucitar, «haciendo eucaristía» (*eucharistèsas*, Lc 22, 19) comparte con sus discípulos el Acontecimiento inédito en el cual muere por nosotros para darnos su Vida y en el cual el Padre le escucha resucitándole. «Haced esto en memoria mía» (Lc 22, 19). A partir de entonces, «hacer eucaristía», según la bella expresión de las Iglesias primitivas, va mucho más allá de una oración personal de agradecimiento hacia nuestro Padre: es celebrar el Acontecimiento fundador del nuevo Pueblo de Dios, el misterio del Designio de amor del Padre por el cual la Pascua de su Hijo único se convierte en la de sus hijos. Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, se convierte en lo que es: el Cuerpo de Cristo crucificado y resucitado.

La oración cristiana es comunión de amor del Padre y de sus hijos, y es en la Eucaristía donde el Espíritu Paráclito enseña a la Iglesia cómo ha de rezar al Padre estando unida a Jesús, su Señor. Retengamos siete constantes de esta oración, inseparablemente eclesial y personal.

Colocarnos ante Dios. Adentrarse en la oración o en la celebración eucarística significa entrar «allí donde se encuentra el Señor, sentado a la diestra de Dios» (Col 3, 1). La oración descrita como «elevación del alma hacia Dios» es una imagen estimulante, pero la realidad es aún más bella: desde que Cristo ha retornado hacia su Padre y Padre nuestro, nuestra humanidad asumida por Él se ciñe al Padre, «nuestra nueva vida está escondida con Cristo en Dios» (Col 3, 3). Es allí, ante el Rostro del Padre, donde tras la Ascensión, se celebra la liturgia eterna (Apc 5 y *passim*) de la cual nuestras liturgias eucarísticas participan sacramentalmente. Es asimismo allí, más allá del signo sacramental, donde se vive la oración del corazón, ya que la Trinidad Santísima habita en nosotros.

Retornar hacia el Padre. Una celebración eucarística entraña tiempos de conversión y de reconciliación. Lo mismo que nuestra vida de oración. Al menos siete veces al día (cf. Mt 18, 22), tenemos necesidad de ser perdonados. Los invitados a la Mesa del Señor son pecadores perdonados, con la condición de que se hayan perdonado los unos a los otros. Se comprende que sea la única petición sobre la cual insiste Jesús cuando nos enseña a rezar al Padre. Si no, no busquemos en otra parte las razones que nos impiden rezar.

Como ofrenda. En la Eucaristía, es «Cristo quien ofrece y es ofrecido»⁶. Ofrece como único Sumo Sacerdote, es ofrecido como Cordero de la Pascua nueva y eterna. Unidos a Él en la Comunión del Espíritu Santo, somos nosotros, con Él, quienes somos ofrecidos al Padre. La ofrenda es la disposición más

6. *Anáfora* de SAN JUAN CRISÓSTOMO.

gratuita del corazón, la más pobre, la más veraz ante nuestro Padre, aquella de la criatura que no es Nada en sí misma frente a Aquel que es su Todo.

Como sacrificio espiritual. El término hebreo para expresar la ofrenda (*Qorban*) significa, a la vez, el movimiento de «acercarse» y el de «guardar la distancia». Los sacrificios de la Antigua Alianza eran incapaces de «perdonar el pecado», aquella ausencia de amor, aquella muerte que separa al pecador del Dios tres veces santo (Heb 10, 1-8). Sólo «la sangre de Cristo, el cual por el impulso del Espíritu Santo se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas, para que tributemos un verdadero culto al Dios vivo» (Heb 9, 14). Su sacrificio es el despojo total de sí mismo, y es esta plenitud de amor la que viene a abolir nuestra separación con el Padre y a disipar el espejismo de la muerte. Así, participar en su sacrificio en la Eucaristía no es ofrecer cualquier cosa, sino decidir no pertenecemos ya más a nosotros mismos, ser de Aquel que se ha entregado por nosotros y, en el amor, «ofrecernos como oblación viva, santa, agradable a Dios: es el culto espiritual que hemos de ofrecer» (Rm 12, 1). Ahora bien, lo que de este modo es celebrado en la Eucaristía no puede apoderarse de la existencia cristiana y transformarla, sino mediante la oración del corazón. Es en el altar del corazón donde se decide el amor de predilección por la gloria del Padre y la vida de sus hijos.

La epiclesis del corazón. Hemos llegado al momento decisivo de la celebración sacramental del misterio pascual. Cumplido «de una vez por todas» (*éphapax*), es ahora, en la Iglesia, manifestado, actualizado y comunicado por el poder del Espíritu Santo. Toda celebración litúrgica entraña muchas *epiclesis* (*épi-klésis*, llamada al Padre a que envíe su Espíritu Santo *sobre* aquello que le ofrecemos). En la Eucaristía, la epiclesis por excelencia surge en el centro de la anáfora consagratoria. Así, el sacerdote y la asamblea, unidos a Cristo, suplican al Padre que envíe su Espíritu Santo sobre los dones allí ofrecidos, para que manifieste que son transformados en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, y para que aquellos que comulgan sean un solo Cuerpo y un solo Espíritu en Cristo. Puesto que la existencia cristiana consiste en vivir, en la verdad de lo cotidiano, el misterio pascual de Cristo que se ha celebrado en la Eucaristía, es evidente que el movimiento de la epiclesis es esencial a la oración cristiana.

En grandeza de amor. El Espíritu Santo es el maestro de lo imposible, el Artesano de las maravillas de Dios, enviado por el Padre para una misión conjunta a la de su Hijo, y Él es lo que sencillamente hemos de pedir al Padre en la oración: «¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará el Espíritu bueno a los que se lo piden?» (Lc 11,13). En el corazón de aquel que reza con la disposición habitual de epiclesis, se dan todas las constantes de la oración filial, ya que el Espíritu del Padre es el Don que contiene todos los dones.

Ahora bien, puede que olvidemos que la epiclesis de la anáfora eucarística se despliega en una grandeza de amor que abraza el mundo entero y todo el drama de la historia humana. Es entonces cuando el Espíritu Santo dilata un alma eclesial en aquellos que participan en la Pascua de Cristo. Aquello que hoy llamamos las intercesiones, no son más que algunos indicios de lo que ha de buscarse en la vida de oración cotidiana.

La grandeza de amor de nuestro Padre, que su Espíritu nos ofrece en Cristo, no puede quedar limitada al «pequeño rebaño» reunido en la Eucaristía: se extiende sobre todos los humanos y a cada uno de una manera única. ¿No es la oración cristiana una comunión de amor hacia nuestro Padre? Entonces, ¿cómo no estará prendada de aquello que tiene por más entrañable: «que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»? (1 Tim 2, 4). Ciertamente, cada hijo de Dios vive su oración según los talentos que ha recibido, pero es igualmente cierto que si está pendiente, en nombre de Jesús, de pedir el Espíritu Santo al Padre, su corazón en estado de epiclesis participará cada vez más en el Designio de amor de nuestro Padre.

Padre nuestro que estás en el cielo. Participar en el Designio de amor de nuestro Padre es justamente lo que confirma el momento en el que se sitúa la Oración dominical en la celebración de la Eucaristía, a saber en la cumbre de la anáfora consagratória y a la puerta del festín del Reino, la comunión. Esta plegaria por excelencia a nuestro Padre, la podemos expresar en todo momento, personalmente o en comunidad, pero es en el movimiento de la Eucaristía cuando adopta su sentido pleno, y esto en razón de su relación íntima con la Economía de la salvación.

El Misterio pascual, en efecto, en el que Cristo cumple todo el Designio de amor del Padre para nuestra salvación, acaba de hacerse presente, sacramental y realmente, por el poder del Espíritu Santo. Durante la anáfora, la Iglesia, unida a su Señor, ha dado las gracias al Padre por haberla escuchado, incluso «antes» de presentarle sus peticiones (cf. Ioh 11, 41), pero aquí la certeza de la fe de la Iglesia reposa en la fidelidad del Padre que ha escuchado «de una vez por todas» a su Hijo, resucitándole de los muertos. El ramillete de peticiones y de intercesiones en el que se despliega la epiclesis es como recogido en las palabras que el Verbo mismo ha confiado a su Iglesia. Si la oración cristiana es una respuesta al Padre que nos ha amado primero, con cuánta más razón, en ese momento, la oración de la Iglesia a nuestro Padre es «la respuesta» por excelencia a todo su Designio de amor.

La Oración dominical está tanto más en situación eucarística, por cuanto que expresa la situación de la Iglesia orante en los últimos tiempos. En tanto



que participa en la Liturgia celeste, significa que los hijos reunidos en el Hijo «ya» están cerca del Padre, pero puesto que su Liturgia en «este mundo» es sacramental, significa que Dios «aún» no es «todo en todas las cosas» (1 Co 15, 28). La Oración dominical contiene «las realidades por venir» que el Espíritu anuncia a la Iglesia (cf. Ioh 16, 13); entiéndase por ello el sentido escatológico de las siete peticiones a nuestro Padre. Tu Nombre, tu Reino, tu Voluntad: nuestro deseo ardiente se inserta en el suyo y nos involucra en su Designio de amor. Presentamos así nuestras necesidades esenciales, pero a la luz del «aún no» que nos obliga a caminar siempre «hacia delante» (cf. Phil 3, 13): el Pan de cada día que el Padre da a sus hijos, la reconciliación en la verdad del corazón, la vigilancia en el combate de los últimos tiempos y finalmente el ser liberado del «último enemigo» a destruir, la muerte y aquel que aún detenta el poder (cf. 1 Co 15, 26).

Celebrada así, en la Eucaristía, sin quitar el altar del corazón, la oración a nuestro Padre es escuchada y colmada por el don de su Vida en el Cuerpo y la Sangre de su Hijo amado. La oración cristiana puede entonces llegar a ser aquello que celebra: misterio de Comunión.

Jean Corbon
Universidad de San José de Beyrouth
LÍBANO